CARTA DÉCIMA OCTAVA

BACHARACH

Armonías de las viejas y de los tornos.—Bacharach.—Feria de trastos viejos.—Las veletas y las torrecillas.—Las paperas y las niñas bonitas.—El autor queda absorto en admiración.—Una de las maldades que Sibo de Lorch hacía á los gusanos.—A ciudad severa paisaje feroz.—El autor deja entrever su odio contra las fachadas blancas con postigos verdes.—Llama espantable lo que encuentra admirable.—¿En dónde diablos ha ido á establecerse una modista?—El autor se acuerda de lo que Teseo dijo al león en el *Sueño de una noche de verano*.—El *Wildes Gefæhrt*.—Las gracias de Bacharach.—Europa, la civilización y el siglo XIX colgados de un clavo en un gabinete.—Síntomas graves.—Lo qué era aquella cosa risueña, bonita y agradable que el autor tenía debajo de la ventana.—San Werner.

Lorch, 23 de agosto.

En este momento me encuentro en las antiguas ciudades más bonitas, más honradas y más desconocidas del mundo. Vivo en interiores de Rembrandt con jaulas llenas de pájaros en las ventanas, caprichosos faroles en el techo, y en el rincón de los aposentos, escaleras de caracol que el sol va subiendo lentamente. Una vieja y un torno de patas salomónicas murmuran juntos en la sombra á quien puede más.

He pasado tres días en Bacharach, una especie de corte de los milagros olvidada en las riberas del Rhin por el buen gusto volteriano, por la revolución francesa, por las batallas de Luis XIV, por los cañonazos del 97 y del 1805, y por los arquitectos elegantes y sabios que construyen casas en forma de cómodas y de armarios. Bacharach es con seguridad el más antiguo conjunto de habitaciones humanas que he visto en mi vida. En comparación de Bacharach, Oberwesel, San Goar y Andernach son calles de Rívoli y *cités Bergère*(1). Bacharach es la antigua *Bacchi Ara*. Diríase que un gigante, mercader de trastos viejos, deseando abrir tienda en el Rhin, tomó una montaña por estantería, y dispuso de arriba abajo, con su gusto de gigante, un montón de enormes curiosidades. La cosa empieza debajo del mismo Rhin. Allí, á flor de agua, hay una roca volcánica, según unos, un peulven céltico, según otros, un altar romano, según los últimos, que denominan el *Ara Bacchi*. Luego, en el borde del río, dos ó tres viejos cascos de navíos carcomidos, cortados en dos mitades y plantados de pie en tierra, que sirven de choza á los pescadores; luego, detrás de las chozas, un recinto antiguamente almenado, sostenido por cuatro torres cuadradas, las más agrietadas, las más ametralladas, las más ruinosas que existan. Luego, tocando con la misma muralla, donde las casas han abierto ventanas y galerías, y más allá, al pie de la montaña, una indescriptible mescolanza de pintorescos edificios, casuchas joyas, torrecillas fantásticas, fachadas con joroba, piñones imposibles, cuya doble escalera sostiene un pináculo que brota como un espárrago en cada una de las gradas, pesadas vigas que dibujan sobre las cabañas delicados arabescos, granero de volutas, balcones calados, chimeneas figurando tiaras y coronas filosóficamente llenas de humo, extravagantes veletas, las cuales no son ya veletas, sino letras mayúsculas de antiguos manuscritos, recortadas en plancha de hierro con el sacabocados, que rechinan al viento. (Entre otras, he tenido sobre mi cabeza una R que pasaba toda la noche nombrándose á sí misma: *rrrrr)*. En aquel admirable revoltillo, una plaza, una plaza tortuga, hecha con bloques de casas caídas del cielo al azar, que tiene más bahías, islotes, arrecifes y promontorios que un golfo de Noruega. A un lado de esa plaza, dos poliedros compuestos de construcciones góticas, fuera de plomo, inclinadas, haciendo muecas, y sosteniéndose desvergonzadamente en pie contra toda regla de geometría y de equilibrio. Al otro lado, una hermosa y rara iglesia románica, agujereada por una puerta á losanges, coronada por un alto campanario militar, orlado el ábside con una galería de pequeñas archivoltas sostenidas por columnitas de mármol negro, é incrustada por todas partes de tumbas del renacimiento, como una urna de pedrería. Por encima de la iglesia bizantina, en el monte, la ruina de otra iglesia, del siglo XV, de gres rojo, sin puertas, sin techo y sin vidrieras, magnífico esqueleto que se dibuja altivamente sobre el cielo. En fin, para coronamiento, en lo alto de la montaña, los escombros y los desprendimientos cubiertos de hiedra de un schloss, el castillo de Stahlech, residencia de los condes palatinos en el siglo XII. Todo eso es Bacharach.

Ese viejo burgo-hada, en donde hormiguean los cuentos y las leyendas, está ocupado por una población de pintorescos habitantes, todos los cuales, ancianos y jóvenes, chicos y abuelos, los que sufren paperas y las muchachas bonitas, tienen en la mirada, en el perfil y en sus modales no sé qué aspecto del siglo XIII.

(1) Dos lujosos y modernos barrios de París, cuando el autor escribía estos apuntes de viaje.

Lo que no impide á las muchachas bonitas que sean muy bonitas, al contrario.

Desde lo alto del schloss se disfruta de una inmensa vista y se descubre en las cumbres de las montañas otros cinco castillos ruinosos; en la orilla izquierda, Farstenberg, Sonneck y Heimburgo; al lado opuesto del río, al Oeste, se entrevé el vasto Gutenfels, lleno del recuerdo de Gustavo Adolfo; y hacia el Este, encima de un valle que es el fabuloso Wispertal, en la cúspide de una colina, sobre una pequeña eminencia que le sirve de pedestal, ese manojo de negras torres que parece la antigua Bastilla de París, es el solar inhospitalario en el que Sibo de Lorch se negaba á abrir la puerta á los gnomos en las noches de tempestad.

Bacharach está situada en un paisaje huraño. Algunos nubarrones casi siempre pegados á sus altas ruinas, rocas abruptas, un agua salvaje, envuelven dignamente aquella antigua y severa ciudad, que ha sido romana, que ha sido románica, que ha sido gótica y que no quiere ser moderna. Cosa notable, una muralla de escollos que la rodea por todas partes impide que aborden los vapores y conserva á distancia la civilización.

Ningún toque discordante, ninguna fachada blanca descompone la austera armonía de aquel conjunto. Todo concurre á él, hasta este nombre, *Bacharach*, que parece un antiguo grito de las bacanales, acomodado para el sabbat.

Debo, sin embargo, decir, como fiel historiador, que he visto una modista instalada con sus lazos rosa y sus cofias blancas debajo una austera y negra ojiva del siglo XII.

El Rhin muge soberbiamente en torno á Bacharach. Parece que ama y que guarda con orgullo á su antigua ciudad. Uno se siente tentado de gritarle: *¡Bien rugido, león!* A un tiro de arcabuz de la ciudad se engolfa y revuelve sobre sí mismo en un embudo de rocas imitando la espuma y el ruido del Océano. Aquel mal paso se llama el *Wildes Gefœhrt*. Es á la vez mucho más espantable y mucho menos peligroso que la Bank de San Goar. No hay que juzgar de los abismos, etc.

Cuando el sol aparta una nube y se asoma á sonreir en una lumbrera del cielo, nada hay tan encantador como Bacharach. Todas aquellas fachadas decrépitas y ceñudas sonríen y se alegran. Las sombras de las veletas y de las torrecillas dibujan mil caprichosos ángulos. Las flores—allí hay flores por todas partes—se asoman á la ventana al propio tiempo que las mujeres, y en todos los umbrales aparecen, en grupos risueños y tranquilos, los niños y los ancianos, calentándose juntos al calor del mediodía; los ancianos, con su pálida sonrisa, que dice: *¡No más!;* los niños, con su dulce mirada, que dice *¡Todavía no!*

En medio de aquel buen pueblo va y viene y se pasea un guardia de orden público prusiano de uniforme, con una cara entre perro y lobo.

Por lo demás, ya sea espíritu del país, ya sean celos de Prusia, no he visto en los cuadros que cuelgan de las paredes de las posadas otro gran hombre que aquel conquistador de perfil un si es no es barroco, esa especie de Napoleón-Luis XIV, verdadero héroe, verdadero pensador y verdadero príncipe después de todo, que se llama Federico II.

En Bacharach, un transeunte es un fenómeno. No solamente es extranjero, sino extraño. El viajero es contemplado y seguido con ojos de sorpresa. Esto depende de que, fuera de algunos pobres pintores que viajan á pie, con el saco al hombro, nadie se digna visitar la antigua capital repudiada de los condes palatinos, feo rincón del que se apartan los dampschiffs

y que todas las guías del Rhin califican de *ciudad triste*.

Sin embargo, debo declarar todavía que en un gabinete inmediato á mi cuarto había una litografía que representaba la EUROPA, esto es, dos bellas damas descotadas y un apuesto caballero con bigotes cantando al rededor de un piano, acompañados de ese alegre cuarteto poco digno de Bacharach:

L' EUROPE

L' Europe enchanteresse, où la France en jouant
Dicte partout les lois de sa mode éphémère.
Les plaisirs, les beaux-arts et le sexe charmant
Sont les cultes chéris de cette hereuse terre (1).

La modista con sus lazos rosa, aquella litografía y este cuarteto imperio, es la aurora del siglo XIX que empieza á apuntar en Bacharach.

Debajo de mi ventana tenía todo un pequeño mundo dichoso y risueño. Era una especie de trascorral perteneciente á la iglesia románica, desde donde puede subirse, mediante una rústica escalera de lava, hasta las ruinas de la iglesia gótica. Allí jugaban todo el día, con las altas hierbas hasta la barbilla, tres chicuelos y dos niñas que vapuleaban de buena gana á los tres chicuelos. Entre los cinco podían tener unos quince años. El césped, ligeramente ondulado en ciertos puntos, era tan espeso, que no se veía la tierra. Sobre aquel césped se erguían alegremente dos verdes emparrados cargados de magníficos racimos. En medio de los pámpanos, dos maniquíes-espantajos, vestidos de Lubinos de ópera cómica, con pelucas y horribles

(1) La encantadora Europa, donde la juguetona Francia—dicta por todas partes su efímera moda.—Los placeres, las bellas artes y el bello sexo—son los cultos preferidos por esa dichosa tierra.

tricornios, se esforzaban en asustar á los pajaritos, lo que no impedía que abundaran en aquellos racimos los verderones, los aguzanieves y las nevatillas. En todos los rincones del jardincito, algunas desmedradas matas de girasoles, de malvarrosas y de margaritas estallaban como los ramilletes de fuegos artificiales. Al rededor de esas matas flotaba sin cesar una nieve viviente de mariposas blancas, á la que se mezclaban las plumas desprendidas de un vecino palomar. Cada flor y cada racimo tenía, además, una nube de moscas de todos colores que resplandecían al sol. Las moscas zumbaban, los niños balbuceaban y los pájaros cantaban; y el zumbido de las moscas, el balbuceo de los niños y el canto de los pájaros, se destacaban sobre un continuo arrullo de palomas y tortolillas.

La tarde de mi llegada, después de admirar hasta la noche ese risueño jardín, la escalera de lava se me ofreció, y me dió el capricho de subir, á la hermosa luz de las estrellas, hasta las ruinas de la iglesia gótica, la cual estaba dedicada á san Werner, que fué martirizado en Oberwesel. Después de subir los sesenta ú ochenta escalones sin baranda y sin guardalado, llegué á la plataforma tapizada de hierba, en donde arraiga poderosamente la bella nave desmantelada. Allí, mientras la ciudad dormía entre profundas sombras á mis pies, yo contemplaba el cielo y las deformes ruinas del castillo palatino á través del negro ventanal, de los mameles y de los rosetones. Un blando céfiro nocturno doblaba apenas las juguetonas avenas secas. De pronto sentí que la tierra cedía y se hundía bajo mis pies. Bajé los ojos, y á la luz de las constelaciones reconocí que andaba por encima de una fosa recién excavada. Miré á mi alrededor; algunas cruces negras con calaveras blancas surgían vagamente de todas partes. Entonces me acordé de las muelles ondulaciones del terreno de abajo. Confieso

que en aquel momento no pude evitar aquella especie de estremecimiento que da lo inesperado. Mi jardincito lleno de niños, de pájaros, de palomas, de mariposas, de música, de luz, de vida y de alegría era un cementerio.

CARTA DÉCIMA NOVENA

¡FEUER! ¡FEUER!

De qué modo os despiertan en Bacharach.—De qué modo os despiertan en Lorch.—La Escalera del Diablo.—Gilgen.—El hada Ave.—El caballero Heppio.—El autor va á China.—El autor recomienda Lorch á los borrachos.—De cómo un papel blanco se vuelve encarnado.—El autor abre la ventana.—Horrendo espectáculo que se le presenta.—*¡Feuer! ¡Feuer!*—Siluetas de personas en camisa.—El autor sube al granero.—El espectáculo, sin dejar de ser horrendo, es magnífico.—El autor asiste á la más eterna de todas las luchas y al más antiguo de todos los combates.—Paisaje visto á través de aquéllo.—Cosa grande llena de cosas pequeñas, como todas las grandes cosas.—Fuegos de viuda.—Ventanas que se abren y se cierran.—Las llamas azules.—Las vigas que se bambolean.—El papel de flores.—Primera bucólica, el Pastor que juega con la Pastora.—Segunda bucólica, el Arbol que juega con el Fuego.—Los ingleses.—Los chicuelos.—La catástrofe.—Lo que queda de la cosa á las cuatro de la madrugada.—Limpieza de las criadas.—Probidad de los campesinos.—Historia del inglés que cena, que se acuesta y que no se mueve.

Lorch, agosto.

En Bacharach, así que llega la media noche, os acostáis, cerráis los ojos, dejáis caer las ideas que habéis llevado todo el día y llegáis á ese instante en que tenéis en vosotros algo que vela y algo que duerme,